

SOBRE LA UTILIDAD DE LA POESÍA

David Eloy Rodríguez Ramajo

José María Gómez Valero

Hablaba Leonard Cohen de que a veces parece uno un imbécil buscando un adjetivo por el suelo de la casa a cuatro patas a las tres de la mañana. Esos imbéciles que no duermen para escribir textos que produzcan el insomnio de la conciencia y el temblor misterioso de la belleza -palabras frágiles, desnudas-, esos imbéciles, amigos, somos -debiéramos ser- nosotros. Amantes de la verdad (ese imperio de dudas), traductores que no dominan los idiomas, que escuchan y tensan la vibración poderosa del lenguaje.

Cada poema es una aventura, una exploración casi a ciegas por territorios desconocidos y conocidos: una búsqueda en lo real, en lo que no tiene nombre, para poder nombrar, decir con palabras. No hay nada, y entonces brotan palabras, esas que traen más o menos torpemente el botín del misterio. Atrévete a decir lo que no sabes, nos dicen tantos buenos poetas. Ésta es una utilidad fundamental del poema: expresar con precisión lo que no se puede contar mejor ni de otra manera. Para investigar de lo que nada se sabe el poeta necesita de la actitud del niño, del que quiere conocer (nombrar) desde donde no sabe, y a la vez de la capacidad de desnombrar, del que, sabiendo, quiere conocer de otro modo, más intensamente, con una relación más "verdadera" entre lo que no tiene nombre y los signos que tratan de nombrarlo. Para comunicar eficazmente (con interés, con intensidad, con intención) el poeta requiere encontrar los signos que mejor digan lo que necesita decir(se): esta es la utilidad y la tarea del poeta, y su responsabilidad entonces. Trabajo esforzado, interminable: un poema es una batalla con el lenguaje que se salda con una derrota más o menos honrosa.

Cada vez que se produce un hallazgo, y alguien siente en el proceso de comunicación poética el fulgor del descubrimiento (algo necesario ha sido dicho, y nos conmueve -nos desplaza con otros en la misma caravana de sentidos, en la plaza común del idioma- y nos indaga en lo hondo, y nos plantea interrogantes, y nos revela algo que antes no estaba allí pero que sentimos como propio, y que queda

vibrando en nuestro interior –sabor y saber que nos implica, nos hurga y acompaña-) un poema es útil: nos ayuda a vivir, a hacer la vida más viva.

Apostamos pues por un texto conflictivo, no simplificador. Un buen poema debe revelar, sorprendiéndonos, una evidencia oculta(da) –y necesaria- o, al menos, debe desmentir, desenmascarar, una falsía. Un buen poema debe asomarnos al vértigo de ser verdaderamente, debe hacernos sentir el conflicto entre la realidad – construida con palabras- y lo real –ese abismo de posibilidades e indefiniciones, lugar del horror y del milagro-.

Apostamos pues por la poesía que agujerea la realidad para ver a través de los agujeros un poco más allá, y la que lo hace porque eso concierne al lector, le afecta, le es útil (poesía como acto de amor). La que indaga desde identidades rotas, desde incompletudes y pérdidas, desde negaciones y resistencias, en una profunda acción comunitaria.

Mirar, como dijimos, para desnombrar. Mirar para desordenar. Mirar lo viviente por debajo de las palabras que lo encubren e intentar no traicionarlo en cenizas ni en fuegos de artificio: ni en agónicas reproducciones, ni en seductoras tramas sin latido ni fondo. Mirar combinando miradas. Crear redes, anudarlas, extenderlas (gentes, prácticas, procedimientos) para mejor mirar, para mejor decir.

Frente a la realidad que se nos quiere presentar como terminada e inamovible: mostrar el conflicto (en el texto artístico, en el texto del propio vivir), hacer ver que desde el conflicto es posible alumbrar transformaciones [se habla aquí no desde planteamientos ahistoricistas ni esencialistas, sino desde el conflicto en el tiempo; escribir hoy es escribir en el modo de producción capitalista: siendo conscientes en todo momento de esto será posible mejor interrogar sus discursos e intenciones totalizadoras y falsificadoras, y visibilizar sus destructivas violencias]; frente a la expresión hueca, dócil: provocar el choque en el que estalla el pulso, la tensión, el nervio de la vida (reflexión, emoción: eso que con-mueve); frente a la afirmación del miedo, que se fabrica para aislarnos e incorporarnos al imperio irrespirable de la domesticación (física, afectiva): confiar en la deriva y en las palabras audaces capaces de propiciar o albergar el encuentro: pasos decididos y arriesgados en los puentes con niebla que nos llevan al otro, a los otros (y desde el encuentro

nuevas aperturas, nuevos desplazamientos de sentido, nuevas búsquedas en un camino que se traza al tiempo que se camina); frente al aturdimiento de la insensibilización: describir/desvestir/denunciar/destruir el simulacro y su progresado y terrible proceso de (auto)reproducción y sustitución de la materia por mercancía, por idea, por espejismo, por violencia física y simbólica (traición y muerte); frente a los que obturan y niegan el lugar de la celebración (hospitalidad, amistad, amor: hogares de la alegría): traer memoria de un tiempo vivo, o de su esperanza. Y, tal vez, entendernos en esa búsqueda, a través de la búsqueda. Ser en ese proceso, en esa intemperie. Ser en la generosidad de decir.

Frente a los textos sin ambición de hallazgo y comunicación, el poema útil: esas pocas palabras que nos convocan y nos incluyen, y nos ayudan a vivir. Una poesía ambiciosa en su capacidad comunicativa y esforzada en su lucha cuerpo a cuerpo con el idioma. Una poesía útil que no podría, que no puede ser nunca (por útil) una poesía instrumental, y por tanto no está al servicio de nadie, de ninguna idea o entidad, sino que respira desde la conciencia, desde esa herida abierta, en guerra, que llamamos conciencia. Esta poesía no puede justificarse (esconderse) en la inocencia (¿quién es inocente?) de sus buenas intenciones. Sólo su acierto poético en el encuentro con cada lector puede convertirla en buena poesía, en poesía útil (y es tarea del poeta crecer en su capacidad de diálogo con lo real, y en su conducirse con la materia lingüística- sus herramientas, su ductilidad, su alcance, todo ello movilizado en tradiciones culturales, históricas, y por lo tanto sujetas a cuestionamiento-). Hay indicios para detectar, pensamos, cuándo hay escasez de espesor textual: un discurso pobre es aquel que se agota en la decodificación y que, por ello, deja muy poco margen para la lectura. En un texto pobre nada nos sorprende ni nos inquieta, sus encadenamientos de significantes son siempre los más obvios. Como dice Jesús González-Requena: "muy poco, con él, puede hacer la lectura, salvo trabajar contra él, es decir, abrir una reflexión sobre su propia banalidad".

Confiemos, compañeros, en la indudable capacidad de las palabras para *hacer*. ¿Hay alguien que pueda negar la potencialidad del decir preciso, bruñido desde la conciencia? En la vida cotidiana nos transforma (marca nuestros días) escuchar *te quiero, perdón, hermano, gracias, adiós*, y todas las palabras que son la llave para abrir o cerrar enigmas (los que velan nuestra compañía, nuestras condiciones de trabajo, nuestras resistencias, nuestras ansias, nuestras

desolaciones); en el poema nos atraviesan los versos encendidos que lograron decir con exactitud algo cierto, y nos afectan, y el tiempo arde en nuestros dedos, y en ese instante somos distintos (y con un poco de suerte, algo de esa paz, esa rabia, ese amor, ese desabrigo, esa sabiduría, quedará en nuestras manos y cambiará en algo nuestro tacto en el mundo).

Miremos entonces cada uno los textos que admiramos (nuestros textos sagrados). Analicemos su fuerza y su osadía. Metamos las manos en el tamaño y dimensiones de su herida. Interroguémonos sobre nuestros ojos, sobre nuestras lecturas. Que sea cada poema, pues, un viaje y una batalla, si pretendemos que éste sea útil, y que pueda el poema entonces ayudar un poquito a hacer más vivo, más intenso, más rico, mejor entendido, menos injusto el mundo.

ALGUNOS TEXTOS EN LA RED:

SOBRE LA PALABRA ITINERANTE:

<http://www.rebelion.org/cultura/david210403.htm> (artículo "La palabra itinerante, la palabra resistente", de David Franco Monthiel)

MÁS POEMAS DE JOSÉ MARÍA Y DAVID ELOY:

<http://www.borraska.gueb.net/> (Revista Borraska)

<http://www.eldigoras.com/eom03/2003/25aire.htm> (Revista Eldígoras)

http://www.illisoft.net/hwebra/hwebra_5/poesia/poesia.htm (Antología de joven poesía que realiza en su nº 5 la revista 'Hwebra')

www.parquedelalamillo.org (Observatorio de la Poesía Sevillana).

Se puede encontrar la edición virtual íntegra de "Miedo de ser escarcha", el último libro de David Eloy, en la 'Biblioteca' de www.nodo50.org/mlrs (Manual de Lecturas Rápidas para la Supervivencia).

OBRA DE POETAS EN RESISTENCIA:

http://www.cyberhumanitatis.uchile.cl/CDA/numeros_anteriores/ ("No doblar las rodillas: Siete proyectos críticos en la poesía española reciente", número 22 de *Cyber Humanitatis*, Santiago de Chile. Antología realizada por Enrique Falcón.)

www.forosocialartesvalencia.com/lunasrojas/lunasindex.htm (Revista Lunas Rojas)

www.nodo50.org/mlrs (Manual de Lecturas Rápidas para la Supervivencia). En la biblioteca virtual de esta web se puede encontrar una antología de algunos poetas de La Palabra Itinerante.

5 poemas:

PAÍS DE BÁRBAROS

Humillado el que ríe.

Aplaudido el que humilla.

PAÍS DE BÁRBAROS.

EL LOCO

Mostró a los ancianos

su ropa empapada,

su pelo mojado,

sus manos llenas de barro.

La lluvia no llegará, le dijeron,

tú sabes que la lluvia no llegará.

LA TORMENTA

Se asustó

cuando llegaron los primeros truenos.

Su madre se acercó para arroparla:

ya no eres una niña pequeña

no deberías tener miedo

es sólo el cielo, amor,

la lluvia, la tormenta.
Y ya no pudo decir nada más.
Su mano firme también temblaba.

CÍRCULOS CONCÉNTRICOS

El profesor dibujó
dos círculos perfectos
y seguidamente dijo:
¿veis?, como una rueda.

El niño inquirió:

sí, como unos ojos.

El profesor respondió:

no, como una rueda.

LA TRAVESÍA

A pesar de este frío,
a pesar de esta brisa de alfileres
que empaña el corazón de los ángeles,
a pesar de los terribles pronósticos,
de las recomendaciones,
a pesar de la prudencia y del olvido,
muchos volverán esta noche, como tantas,
a recorrer los campos con antorchas.

Y así,

enfermos y ateridos,
deshechos de paciencia,
abrigados de lástima,
escarbarán de nuevo los vencidos
hondas grietas sobre el hielo,
cicatrices ardientes que debieran persistir.

Incansables, fatigados, convencidos,
huidos de la niebla y de su velo,
embarcados en una travesía
que quizás dure ya demasiado,

perderán sus alas antes de morir.
Pero no bajarán la mirada.
No renunciarán
ni rendirán su empeño
hasta que una mariposa salvaje
estalle en el recuerdo de los recién nacidos.